

géticos, patristicos, históricos y especulativos de la *fides quaerens intellectum*, a la pregunta por el ser de la Iglesia. Ya se ve que esa respuesta no puede ser acomodaticia o estratégica, sino sencillamente comprometida con la verdad, con aquel que dijo: «Yo soy la Verdad».

### III

Prof. EDUARDO MOLANO

#### LOS LAICOS EN EL MAGISTERIO DEL VATICANO II

El Vaticano II ha sido el primer Concilio Ecuménico que, en la ya bimilenaria Historia de la Iglesia, ha tratado de los laicos de un modo directo, sistemático y por extenso. Lo ha hecho además con la clara conciencia de que se estaba llenando una laguna histórica, y en la convicción de que se trataba de una cuestión de indudable interés en relación con la constitución y la misión de la Iglesia. Fruto de ello ha sido una rica doctrina expuesta en diversos documentos, pero orgánicamente entrelazada, cuya letra y cuyo espíritu estamos todavía muy lejos seguramente de haber asimilado y puesto en práctica, con la profundidad y extensión que la importancia de la materia requiere. Los documentos del concilio hablan por sí mismos, y ningún modo mejor de asimilar su doctrina que acercándose a ellos con la inmediatez de una lectura directa. Por otra parte, a lo largo de estos veinte años de postconcilio que en el día de hoy nos proponemos rememorar, han ido surgiendo infinidad de comentarios y de estudios, cuya simple enumeración desbordaría el tiempo y espacio que se me concede en esta sesión académica. Renuncio de antemano a esta tarea, y en cuanto a la lectura y relectura directa y atenta de los documentos no puedo sustituir a nadie en la labor personal que éso comporta, y sólo puedo manifestar mi opinión y mi deseo de que esa nueva lectura y relectura sea uno de los medios de que se sirva el Espíritu, para soplar de nuevo sobre la Iglesia todas esas inspiraciones que son necesarias para que la enseñanza del Concilio sea mejor conocida y pueda ser puesta en práctica de manera cada vez más plena y operativa.

En este acto académico que pretende conmemorar estos veinte primeros años de Concilio, (brevisimo espacio de tiempo en la larga tarea

de maduración doctrinal y de vida que la enseñanza de un Concilio requiere, como muestra la Historia de la Iglesia), me propongo simplemente destacar algunas ideas y algunos puntos, que considero puede tener algún interés subrayar en el momento actual en torno al tema de los laicos, cuestión que será objeto por lo demás de una nueva profundización e investigación en el próximo Sínodo de Obispos, a celebrar en 1987, cuya convocatoria con ese objetivo demuestra el interés y actualidad de la cuestión. Todo ello sentado, vayamos ya al objeto de mi brevísima exposición.

Después de veinte siglos de experiencia cristiana, el Concilio Vaticano II, precedido en su enseñanza por diversos movimientos de ideas y de vida que le antecedieron inmediatamente, ha vuelto a redescubrir un aspecto de la doctrina evangélica que había pasado inadvertido durante siglos y que ha resurgido como una de las más importantes aportaciones del Magisterio Conciliar. Me refiero a la doctrina de la llamada universal a la santidad y al apostolado, con la que hay que poner en conexión, desde el principio, el tema de la vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo. Después de muchos años de vida de la Iglesia en la que los fieles corrientes, los laicos, habían sido considerados como una especie de ciudadanos de segunda categoría, el Vaticano II ha puesto de manifiesto que todos los fieles sin excepción han sido llamados a la plenitud de la santidad, siguiendo a Cristo en todas las exigencias que comporta el mensaje evangélico, incluidas las formas más radicales de la experiencia cristiana. Considero que este punto es capital para entender la estructura y la dinámica de la constitución de la Iglesia, y que debe ocupar también el lugar que le corresponde a la hora de organizar las estructuras eclesíásticas y la pastoral correspondiente.

Esa vocación cristiana original, que se adquiere y actúa por el bautismo y los demás Sacramentos de la iniciación cristiana, es punto de partida del que penden consecuencias importantes, que el Concilio ha puesto también de manifiesto, al referirse a la igualdad fundamental de los cristianos en cuanto a la dignidad y a la acción común (L. G. n. 32); y a la unidad de misión existente en la Iglesia, aunque sea diverso el modo de participar en esa misión, y diversos por tanto los ministerios y las funciones dentro de ella (A. A. n. 2). Al considerar a la Iglesia como Cuerpo Místico de Cristo, con unidad de misión y diversidad de ministerios, según la conocida doctrina de S. Pablo, el Concilio ha concebido también las variadas actividades y apostolados de la Iglesia como el fruto de una cooperación orgánica, en la que todos, fieles y Pastores, tienen una parte, que no por ser diferenciada deja de tener su importancia y ser absolutamente imprescindible para realizar la misión de la Iglesia. Como veremos después, esta misión no puede cumplirse en su totalidad, tal como ha sido querida por Volun-

tad divina desde su Fundación, sin esta estrecha y necesaria cooperación de todos los miembros de la Iglesia, según la vocación propia recibida por cada uno. La misión de la Iglesia es indivisible, y la participación de todos sus miembros en ella una necesidad exigida por la naturaleza y finalidad de esa misión.

En un pasaje de la Constitución *Lumen gentium* en el que se pretende describir qué se entiende por laicos, el Concilio expone la razón de por qué los fieles laicos no son ciudadanos de segunda categoría, sino miembros de pleno derecho de la Ciudad de Dios. La razón está en que los laicos, como todos los demás fieles, han sido incorporados a Cristo y a la Iglesia, han sido configurados radicalmente con Cristo, de cuya Vida, Muerte y Resurrección participan. Como afirma el texto conciliar, mediante el bautismo se incorporan a Cristo, son constituidos en Pueblo de Dios, y se hacen partícipes a su manera de la triple función sacerdotal, profética y real de Jesucristo (L. G. n. 31). Si todo cristiano es otro Cristo presente en el mundo, los fieles laicos lo son de un modo pleno y radical, y su única diferencia con otros estados o condiciones en la Iglesia consiste sólo en el modo de esa configuración, que en el caso de los laicos viene determinada por el hecho negativo de no haber recibido el Sacramento del Orden y por la nota positiva de su peculiar vocación y misión dentro de la Iglesia, a la que me refiero a continuación.

¿En qué consiste esa peculiar vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo? En la segunda parte de ese mismo n. 31 de la Constitución *Lumen gentium*, el Concilio trata de explicar cuáles son las características propias de la vocación laical, poniéndolas todas ellas en relación con el carácter secular, con esa nota de secularidad a la que se han referido también los autores al ocuparse de la definición del laico. El Concilio, en efecto, pone de manifiesto cómo, aunque no tenga carácter exclusivo, la índole secular es la propia y peculiar de los laicos, y cómo lo característico de la vocación laical consiste en buscar el Reino de Dios, tratando y ordenando según Dios los asuntos temporales. El mundo o el siglo, en la diversa terminología usada por el Concilio, se convierte así en el lugar o en el punto de referencia obligado para situar el ámbito en que se desenvuelve y desarrolla la vida cristiana de este tipo de fieles. Ellos viven en el siglo, y allí precisamente son llamadas por Dios para ejercitar su propio *munus*, de forma que, a semejanza de la levadura, contribuyan desde dentro a la santificación del mundo, y allí mismo también den testimonio de su vida de fe, esperanza y caridad.

Esta índole secular y esta constitutiva situación en el mundo permea toda la vida cristiana de los laicos; lo cual significa, en otras palabras, que en esta santificación del mundo *ab intra* consiste su tarea principal y específica, siendo sus demás funciones en la Iglesia,



—aquellas que en cuanto fieles pueden desempeñar como auxiliares del clero, o como sustitutos o suplentes del mismo en las actividades eclesiásticas en que ello es posible—, tareas no específicas, lo cual no quiere decir que no puedan ser importantes, y cuyo desempeño sólo puede estar motivado como consecuencia de las necesidades que puedan darse en los diversos lugares y circunstancias. Todo ello deberá ser tenido en cuenta en la organización y en la pastoral de la Iglesia, como una exigencia no sólo de coherencia con la genuina vocación laical, sino de orden y de buen gobierno, que no lleve a un lamentable cambio de papeles, basado en que también quienes han recibido el Orden Sagrado «algunas veces pueden tratar asuntos seculares, ejerciendo incluso una profesión secular» (L. G. n. 31).

En esta misma línea, no es posible distinguir adecuadamente la misión de los laicos en la Iglesia y la misión de los laicos en el mundo, por la sencilla razón de que pertenece al ser cristiano y *eclesial* de los laicos el que su estar y vivir en el mundo —propio del orden de la Creación— les haya sido confirmado, como donación carismática, por su específica vocación en el orden de la Redención. Su misión en el mundo forma parte de su misión en la Iglesia, y por ello se trata de misiones inadecuadamente distintas.

Ello se entiende mejor en el contexto de las relaciones Iglesia-Mundo en que se sitúa la Constitución *Gaudium et spes* y, en concreto, el capítulo cuarto de su primera Parte, que trata de la «Misión de la Iglesia en el mundo contemporáneo». Ya en el Decreto *Apostolicam Actuositatem* n. 2, al tratarse del fin y de la misión de la Iglesia, el Concilio distingue entre una finalidad principal y directa de la Iglesia, consistente en la salvación de las almas, y otra finalidad indirecta, consistente en llevar el mundo a Dios, lo que podríamos llamar la instauración cristiana del orden temporal; y considera que se trata de una tarea, de un «apostolado», que corresponde a todos los miembros de la Iglesia, aunque de diversas maneras: en el caso de los laicos, su función específica se pone precisamente en esa tarea de la santificación del orden temporal *ab intra*.

En el citado capítulo de la Constitución *Gaudium et spes* se vuelve de nuevo sobre la cuestión y se expone en qué consiste la misión de la Iglesia en su relación con el mundo, articulándola en torno a su servicio al hombre, a la sociedad y a la actividad humana. Al referirse a esta última, en el n. 43 de su texto, el concilio dedica párrafos elocuentes al papel de los laicos en cuanto miembros que son de las dos ciudades, de la ciudad terrena y de la ciudad espiritual. En esos párrafos se encuentran ideas extraordinariamente sugerentes sobre la misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo. De ellas quisiera destacar especialmente dos.

En primer lugar, la de que es a los laicos a quienes corresponden

propiamente, aunque no exclusivamente, las tareas y actividades seculares. El Concilio encomienda inequívocamente a los laicos la construcción de la ciudad temporal, mientras que renuncia a la construcción de ese orden en un régimen de Cristiandad de carácter teocrático.

Según el Concilio, es «a la conciencia bien formada del seglar a quien toca lograr que la ley divina sea inscrita en la vida de la ciudad terrena». Por el contrario, afirma que «de los sacerdotes los laicos pueden esperar orientación o impulso espiritual. Pero no piensen que sus pastores estén siempre en condiciones de poderles dar inmediatamente solución concreta en todas las cuestiones, incluso graves, que surgan. No es ésa su misión» (G. S. n. 43). Por ello, el Concilio recuerda inmediatamente la libertad que a todos los fieles compete en las materias temporales.

Me parece importante subrayar ahora que si la Iglesia ha renunciado a construir el orden temporal en régimen de Cristiandad, élla no descarga sin embargo a fieles y sacerdotes de su propia misión en relación con la necesaria e imprescriptible restauración cristiana de lo temporal. Aquí también se requiere una cooperación orgánica: la tarea directa corresponde a los laicos, guiados por su conciencia cristiana bien formada y haciendo uso de la libertad que la Iglesia les reconoce en materias temporales. La tarea de los pastores también es imprescindible, y consiste, ante todo, en el empeño por una sólida formación de las conciencias de los fieles, a la que debe acompañar, cuando sea necesario, el juicio moral sobre situaciones públicas contrarias a la Doctrina social de la Iglesia y, en última instancia, a la dignidad de la persona humana.

La segunda idea que quisiera subrayar del citado texto conciliar es la que se refiere a la necesaria unidad de vida, como exigencia ineludible para realizar la misión propia de los laicos en la Iglesia y en el mundo. El divorcio entre fe y vida diaria es calificado por el Concilio como uno de los errores más graves de nuestra época. Al denunciar este error el Concilio descalifica, al mismo tiempo, dos actitudes que se han dado y pueden darse continuamente en la vida de muchos que se llaman cristianos. De una parte, la actitud más bien propia de un espiritualismo desencarnado que, pretextando que no tenemos aquí morada permanente pues buscamos la futura, se desentiende y descuida sus ocupaciones temporales incurriendo así en una grave incoherencia con la fe que se practica, la cual debiera ser más bien un motivo que impulsase a un más perfecto cumplimiento y realización de esas tareas. De otra parte, queda descalificado también el planteamiento temporalista de quienes establezcan una escisión entre su fe religiosa y sus actividades terrenas, considerando que todas éstas se mueven en un orden distinto y autónomo, cuyas leyes se basan en intereses meramente utilitarios, mientras que la vida religiosa queda

reducida a ciertos actos de culto y al cumplimiento de determinadas obligaciones morales. Ambas actitudes nos acechan continuamente y será preciso desenmascararlas allí donde se encuentren para evitar que puedan causar un daño irreparable a la genuina imagen del cristiano y de la Iglesia.

Podríamos referirnos a otras muchas materias, que el Concilio ha puesto también de manifiesto al referirse al tema de los laicos. La brevedad de mi intervención en este acto no permite ni siquiera enumerarlas. Pero antes de acabar mi exposición quisiera referirme a una cuestión que considero de importancia primordial para evitar que los frutos que se esperan del Concilio, en materia de tanto interés para la vida de la Iglesia y de la mayor parte de sus miembros, que al fin y al cabo son los fieles laicos, pudieran quedar sin eficacia, y para evitar que la enseñanza conciliar en esta materia se malogre, por no ponerse los medios a la hora de llevarla a la práctica. Me refiero a la necesidad de la formación cristiana de los laicos; todavía más, a la necesidad de una asistencia espiritual adecuada, y al esfuerzo pastoral que la impartición intensa y orgánica de esa formación y de esa asistencia requiere de toda la Iglesia; esfuerzo que en este caso, afecta especialmente a los Pastores y a lo que, en términos canónicos, podríamos llamar la Organización Eclesiástica. A ello se ha referido también el Concilio.

En efecto, en diversos lugares y documentos el Concilio aborda esta cuestión. Así, se subraya el derecho de todos los fieles a recibir con abundancia de sus Pastores, entre otros auxilios espirituales, la enseñanza de la Palabra y la administración de los Sacramentos (L. G. n. 37). Se hace hincapié en la necesidad de la formación de los laicos para el apostolado (A. A. n. 28). Al tratarse de las funciones de los Obispos, de los párrocos, y de los presbíteros en general, se exhorta a reconocer y promocionar la vocación y misión de los laicos, así como a una asistencia pastoral individualizada, que tenga en cuenta las diversas situaciones personales y los diversos grupos de fieles (C. D. n. 16-18 y 30; P. O. n. 9). Se habla de la importancia de la educación cristiana para todos los fieles y de la necesidad de la Catequesis, extendida a jóvenes y adultos (G. E. n. 2; C. D. n. 14). Se enumeran todos los medios de que se dispone para esa formación de los laicos —sesiones, congresos, retiros, ejercicios espirituales, reuniones numerosas, conferencias, libros, comentarios, etc.—, y se expresa el deseo de que se erijan centros e institutos superiores que impartan esa formación (A. A. n. 32); más aún, se desea que numerosos seglares reciban una formación suficiente en las Ciencias Sagradas, y que muchos de ellos se dediquen ex profeso a estos estudios y profundicen en ellos (G. S. n. 62).



Me parece que estas alusiones citadas son una muestra suficiente del deseo y de la preocupación del Concilio por la formación espiritual y apostólica de los laicos, como un modo absolutamente necesario para conseguir los objetivos que se propone la propia misión de la Iglesia. Tras veinte años de postconcilio, basta echar una mirada alrededor y contemplar la situación de la Iglesia y de las comunidades cristianas, para darse cuenta de que, a pesar de todo lo que se ha comenzado a realizar ya, es mucho más todavía todo lo que queda por hacer. No me parece exagerado afirmar que nos encontramos todavía en los comienzos de la aplicación del Concilio, en este punto capital para la efectividad de su doctrina y de su enseñanza. El viento del Espíritu, convocando a la Iglesia a una nueva profundización en el mensaje conciliar y a una adecuada aplicación de sus orientaciones y directivas, nos impulsa de nuevo a la esperanza y a intensificar nuestro esfuerzo para que las disposiciones del Concilio se hagan realidad. Depende de ello la plena realización de la misión de la Iglesia, depende de ello la cristianización del mundo, en la que los laicos deberán desempeñar su propia función, a la que han sido llamados por una vocación peculiar.

#### IV

Prof. ALEJANDRO LLANO

#### UNIVERSIDAD Y CULTURA EN LA PERSPECTIVA DEL CONCILIO VATICANO II

Veinte años después, el Concilio Vaticano II aparece ante nosotros como una poderosa expresión de la acción del Espíritu Santo, que —con su fuerza transformadora— vivifica todas las cosas. La renovación de la vida eclesial emprendida por el Concilio encuentra dilatados horizontes de proyección en los más variados ámbitos del mundo actual. Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo hallan un eco en el corazón de los cristianos, que en modo alguno se sienten ajenos a la construcción de la ciudad terrena; porque son en ella miembros de pleno derecho y porque han recibido la buena nueva de la Salvación para anunciarla a todas las gentes (cfr. *Gaudium et spes*, n. 1).